

RECUERDO DE JOAQUÍN XIRAU

Manuscrito no publicado, Barcelona, 1984.

Recientemente una de las Universidades catalanas ha concedido el doctorado "honoris causa" a dos distinguidos profesores, barceloneses de nacimiento y mejicanos de adopción, Eduardo Nicol y Ramón Xirau. El doble y merecido homenaje tenía un tercer destinatario implícito Joaquín Xirau, maestro del primero y padre del segundo, decano que fue de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de antes de la guerra. Y como yo tuve la suerte de ser alumno de aquella Universidad y de este maestro, quisiera asociarme al homenaje con un recuerdo personal.

Ya sé que los que de alguna manera participamos en aquella experiencia universitaria tendemos a mitificarla y que hoy no es posible proponerla como modelo, demasiadas cosas han cambiado y en primer lugar las dimensiones. Hace cincuenta años, en 1934 la Facultad de Filosofía y Letras —lo que hoy son cuatro Facultades distintas con cerca de 15.000 alumnos— tenía en conjunto unos doscientos. Y la Universidad entera no llegaba a los tres mil. Y por ello todas las Facultades, excepto la de Medicina, cabían en el edificio de la plaza de la Universidad y todavía quedaba sitio para el Instituto de Enseñanza Media y para la Escuela de Arquitectura. En cuanto a la base legal de aquella autonomía, concretada en la plena autoridad de un Patronato nombrado por mitad por el Gobierno Central y por el de Cataluña hoy nos parecería inadecuada y totalmente insuficiente. Tampoco es cierto que la gestión del Patronato produjese una catalanización completa ni una renovación total de la Universidad, su influencia fue muy grande en las Facultades de Filosofía y de Medicina pero más bien discreta en las demás. Y fue además muy breve. El Patronato de la Universidad Autónoma se constituyó a mediados del 1933 pero un año después, cuando en octubre del 1934 yo pisaba por primera vez las aulas universitarias en el atrio central frente a la escalera del rectorado acampaba un escuadrón de caballería y los miembros catalanes del Patronato a pesar de que no habían participado en los hechos del 6 de octubre y de que personalmente los consideraban un error estaban encarcelados. De manera que durante todo aquel curso y buena parte del siguiente la autonomía universitaria estuvo en suspenso. Aunque también es cierto que a pesar de la suspensión el espíritu de la reforma del Patronato se mantenía intacto. Y en la Facultad de Filosofía con Joaquín Xirau como decano no sólo el espíritu sino incluso la letra. Todos los profesores nombrados por el Patronato y que constituían más de la mitad del profesorado de la Facultad seguían puntualmente en sus puestos, sin contrato, sin retribución y sin que jamás hiciesen alusión a este hecho de manera que los alumnos sólo nos enteramos de ello cuando al cambiar la situación política en febrero del 36 se les ofreció una comida de homenaje en el curso de la cual Xirau aludió a la elegancia espiritual de su comportamiento.

No, no fue una época dorada ni fácil ni por supuesto repetible. Pero

una vez reconocidas todas sus limitaciones hay que añadir que a todos los que vivimos aquella experiencia nos marcó en forma indeleble. Por un tiempo una institución fue algo más que un sistema administrativo y los que estábamos en ella tuvimos la impresión de participar en una empresa común, de avanzar al mismo tiempo que contribuíamos a hacer avanzar el país, de tener un futuro personal y colectivo. Y porque teníamos esta impresión estábamos dispuestos a aceptar una disciplina y unas reglas de juego y a no regatear esfuerzos. Es cierto, por ejemplo, que la introducción a los exámenes de ingreso, la supresión de los alumnos libres y la elevación general del nivel de exigencia había disminuido en sólo un par de años al menos en un tercio el número total de alumnos de la Universidad.

Una coincidencia de voluntades de este orden no podía surgir de la nada ni ser el resultado automático de un estatuto de autonomía. Fue, como siempre, el resultado del esfuerzo tenaz de un grupo de hombres enamorados de su tarea universitaria, los Trias Pujol, Pi Sunyer, Bosch Gimpera, Xirau, ... de los que unos llevaban ya tiempo intentando renovar la Universidad de Barcelona y otros acababan de incorporarse a ella pero que participaban en un ideal común y que supieron aprovechar unas circunstancias históricas favorables. Y las aprovecharon a fondo, con prisa, como si el tiempo de que disponían fuese, como efectivamente fue, muy corto.

Todos ellos creían en el valor de la ciencia, a la que apasionadamente servían. Todos ellos pretendían hacer ciencia en catalán e identificar así cultura catalana y cultura universal aunque por universo entendiesen en primer lugar Europa. Y todos ellos eran maestros, todos entendían su tarea universitaria como un magisterio y la mayoría han tenido discípulos que han continuado su enseñanza. Pero Joaquín Xirau además de maestro por vocación y por afición era un pensador de la pedagogía y no creo que haya exageración en decir que fue él quien formuló para los hombres del Patronato un proyecto pedagógico.

No es difícil identificar la filiación de las ideas pedagógicas de Joaquín Xirau. Nacido en Figueras y licenciado en Filosofía y en Derecho en Barcelona se trasladó a Madrid para preparar el doctorado y allí entró en contacto con el grupo de la Institución Libre de la Enseñanza y en primer lugar con Manuel Cossío por quien sintió una admiración ilimitada y a quien años más tarde dedicó un libro. La valoración del magisterio como la forma de vida más digna y el convencimiento de que la renovación nacional sólo podía alcanzarse a través de la renovación de la educación, creencias tan típicas de los hombres de la Institución fueron espontáneamente asumidas por Xirau. Y resulta curioso observar cómo el ampurdanés Xirau, heredero de una tradición federal y republicana y afiliado a un partido socialista, al contacto con estos hombres de un laicismo militante orientó su pensamiento hacia una concepción de la existencia explícitamente espiritualista e implícitamente religiosa. Pero esto es otra historia.

Para renovar una Universidad no basta con sentir la pasión de la enseñanza ni con saber a qué cultura se quiere servir. Es preciso además tener alguna idea sobre la función y la tarea universitaria o, dicho de otro modo, proponerse algún modelo de Universidad. Y es perfectamente legítimo,

aunque poco frecuente, preguntarse por el modelo de Universidad que se proponían los hombres del Patronato.

Una pista nos la ofrece la reforma del plan de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras quizás la innovación más audaz y en todo caso la más recordada aunque formalmente no puede atribuirse al Patronato ya que fue anterior a la autonomía universitaria y fue compartida además por la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. La reforma consistió básicamente en introducir una amplia optatividad en las asignaturas y sobre todo en suprimir los exámenes por asignaturas y substituirlos por dos exámenes generales uno intermedio para los estudios comunes y otro final al término de la licenciatura, los dos tenían un nivel muy alto y en los dos por encima de la especialización se valoraba la capacidad de relación y de síntesis. Esta organización que todavía hoy resulta sorprendente y atractiva era simplemente la trasposición a nuestras aulas de la reglamentación vigente en las Facultades de Filosofía de Alemania. Es bien sabido que tanto en Madrid como en Barcelona entre los profesores universitarios y precisamente entre los mejores la admiración por la Universidad alemana era un rasgo común. Y es un hecho que los principales promotores de esta reforma, Bosch Gimpera en Barcelona y Ortega en Madrid, se habían formado científicamente en Alemania.

Y sin embargo todo lo que sé y lo que viví de la Universidad Autónoma, —la importancia dada a la relación personal entre maestro y alumno, a la formación ética y estética, al papel educativo del ambiente y del clima de convivencia— apunta más bien en otra dirección. No creo equivocarme diciendo que el modelo que se proponían los hombres del Patronato en primer lugar era la Universidad inglesa, Oxford y Cambridge para ser más exactos. Y entiendo que no fue casual el hecho de que Xirau hubiese quedado fuertemente impresionado por la temporada que pasó en Oxford, admiración por la Universidad inglesa que compartía con los hombres de la Institución, en este punto claramente opuestos a Ortega.

Y así llego al recuerdo que ha inspirado estos párrafos. Cuando estaba en mi segundo año universitario alguna vez me atreví a entrar en el pequeño local del Seminario de Filosofía para hojear libros. La segunda vez que lo hice Joaquín Xirau al que sólo había visto en clase tras la tarima se me acercó para interesarse por lo que leía. Y cuando le dije que pensaba seguir la especialidad de Filosofía me propuso ir una tarde a su casa a tomar una taza de té. Acudí a la cita con la lógica emoción. Hablamos largo rato o mejor dicho habló él y curiosamente no de filosofía sino de mi futuro profesional. Me aclaró que la forma normal de vida para un licenciado en letras era dedicarse a la enseñanza, que la república estaba haciendo un gran esfuerzo para mejorar la enseñanza media, que la vida del maestro es una vida digna, sin lujos —no podría pensar en tener coche— pero con alegrías y satisfacciones. Pobablemente habló de otras cosas pero esto es lo que oí y oyéndolo me di cuenta de porqué había ingresado en la Facultad y de cuál era el tipo de vida que yo deseaba llevar. Yo quería ser maestro y serlo precisamente de la forma que lo era el hombre que estaba hablando conmigo. Camino de mi casa mi futuro me parecía claro, al cabo de unos meses superado el examen intermedio comenzaría los años de la licenciatura, asistiría a semina-

rios especializados y con el tiempo me incorporaría a lo que los mayores llamaban el "club Xirau": Nicol, Calsamiglia, Maragall, ...

Pero la vida, como es sabido, siempre se guarda alguna carta en la manga. Superé efectivamente el examen intermedio pero al mes siguiente empezó la guerra de manera que el día que cumplí veinte años en vez de encontrarme leyendo a Scheler y comentando a Husserl me encontré de sirviente de una ametralladora en una unidad de anarquistas valencianos entre Masegoso y Masegosete allá por el Cañigral para ser exactos y en el frente de Teruel para entendernos, más temible todavía por el frío de aquel invierno que por los horrores de la batalla. Aunque como la cabra siempre tira al monte pronto cambié la ametralladora por la cartilla y enseñé a leer y a escribir en las trincheras y desde entonces de una manera o de otra me he pasado la vida dando clases e incluso he logrado hacerlo en el mismo patio de letras donde un día ya lejano era estudiante y donde ya en las vísperas de mi jubilación puedo apoyarme en las mismas columnas y contemplar la puerta que un día fue del Seminario de Filosofía en el que tan tímidamente me atrevía a entrar. O sea que aquella conversación efectivamente marcó mi vida.